



La Santa Sede

CARTA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS SACERDOTES PARA EL JUEVES SANTO DE 1998

Queridos hermanos en el sacerdocio:

Con la mente y el corazón puestos en el Gran Jubileo, celebración solemne del bimilenario del nacimiento de Cristo y comienzo del tercer milenio cristiano, deseo invocar con vosotros al Espíritu del Señor, a quien está dedicada particularmente la segunda etapa del itinerario espiritual de la preparación inmediata al Año Santo del 2000.

Dóciles a sus suaves inspiraciones, nos disponemos a vivir con una participación intensa este *tiempo favorable*, implorando del *Dador de los dones* las gracias necesarias para discernir los signos de salvación y responder con plena fidelidad a la llamada de Dios.

Nuestro sacerdocio está íntimamente unido al Espíritu Santo y a su misión. En el día de la ordenación presbiteral, en virtud de una singular efusión del Paráclito, el Resucitado ha renovado en cada uno de nosotros lo que realizó con sus discípulos en la tarde de la Pascua, y nos ha constituido en continuadores de su misión en el mundo (cf. *Jn 20,21-23*). Este don del Espíritu, con su misteriosa fuerza santificadora, es fuente y raíz de la especial tarea de evangelización y santificación que se nos ha confiado.

El Jueves Santo, día en que conmemoramos la Cena del Señor, presenta ante nuestros ojos a Jesús, Siervo « *obediente hasta la muerte* » (*Fil 2,8*), que instituye la Eucaristía y el Orden sagrado como particulares signos de su amor. Él nos deja este extraordinario testamento de amor para que se perpetúe en todo tiempo y lugar el misterio de su Cuerpo y de su Sangre y los hombres puedan acercarse a la fuente inextinguible de la gracia. ¿Existe acaso para nosotros, los sacerdotes, un momento más oportuno y sugestivo que éste para contemplar la obra del Espíritu Santo en nosotros y para implorar sus dones con el fin de conformarnos cada vez más con Cristo, Sacerdote de la Nueva Alianza?

1. El Espíritu Santo creador y santificador

*Veni Creator Spiritus,
Mentes tuorum visita,
Imple superna gratia,
Quae tu creasti pectora.*

Ven, Espíritu creador,
visita las almas de tus fieles
y llena de la divina gracia
los corazones que Tú mismo creaste.

Este antiguo canto litúrgico recuerda a cada sacerdote el día de su ordenación, evocando los propósitos de plena disponibilidad a la acción del Espíritu Santo formulados en circunstancia tan singular. Le recuerda asimismo la especial asistencia del Paráclito y tantos momentos de gracia, de alegría y de intimidad, que el Señor le ha hecho gustar a lo largo de su vida.

La Iglesia, que en el Símbolo Niceno-Constantinopolitano proclama su fe en el Espíritu Santo « *Señor y dador de vida* », presenta claramente el papel que Él desempeña acompañando los acontecimientos humanos y, de manera particular, los de los discípulos del Señor en camino hacia la salvación.

Él es el Espíritu creador, que la Escritura presenta en los inicios de la historia humana, cuando « aleteaba por encima de las aguas » (*Gn 1,2*), y en el comienzo de la redención, como artífice de la Encarnación del Verbo de Dios (cf. *Mt 1,20; Lc 1,35*).

De la misma naturaleza del Padre y del Hijo, Él es « en el misterio absoluto de Dios uno y trino, la Persona-amor, el don increado, fuente eterna de toda dádiva que proviene de Dios en el orden de la creación, el principio directo y, en cierto modo, el sujeto de la autocomunicación de Dios en el orden de la gracia. El misterio de la Encarnación constituye el culmen de esta dádiva y de esta autocomunicación divina » (*Dominum et vivificantem*, 50).

El Espíritu Santo orienta la vida terrena de Jesús hacia el Padre. Merced a su misteriosa intervención, el Hijo de Dios fue concebido en el seno de la Virgen María (cf. *Lc 1,35*) y se hizo hombre. Es también el Espíritu el que, descendiendo sobre Jesús en forma de paloma durante su bautismo en el Jordán, le manifiesta como Hijo del Padre (cf. *Lc 3,21-22*) y, acto seguido, le conduce al desierto (cf. *Lc 4,1*). Tras la victoria sobre las tentaciones, Jesús da comienzo a su misión « por la fuerza del Espíritu » (*Lc 4, 14*), en Él se llena de gozo y bendice al Padre por su bondadoso designio (cf. *Lc 10,21*) y con su fuerza expulsa los demonios (cf. *Mt 12,28; Lc 11,20*). En el momento dramático de la cruz se ofrece a sí mismo « por el Espíritu eterno » (*Hb 9,14*), por el cual es resucitado después (cf. *Rm 8,11*) y « constituido Hijo de Dios con poder » (*Rm 1,4*).

En la tarde de Pascua, Jesús resucitado dice a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo: « *Recibid el Espíritu Santo* » (Jn 29,22) y, tras haberles prometido una nueva efusión, les confía la salvación de los hermanos, enviándolos por los caminos del mundo: « *Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo* » (Mt 28,19-20).

La presencia de Cristo en la Iglesia de todos los tiempos y lugares *se hace viva y eficaz en los creyentes por obra del Consolador* (cf. Jn 14,26). El Espíritu es « también para nuestra época el agente principal de la nueva evangelización... construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro de la vivencia humana las semillas de la salvación definitiva que se dará al final de los tiempos » (*Tertio millennio adveniente*, 45).

2. Eucaristía y Orden, frutos del Espíritu

*Qui diceris Paraclitus,
Altissimi donum Dei,
Fons vivus, ignis, caritas
et spiritalis unctio.*

Tú eres nuestro Consolador,
Don de Dios Altísimo,
fuente viva, fuego, caridad
y espiritual unción.

Con estas palabras la Iglesia invoca al Espíritu Santo como *spiritalis unctio*, espiritual unción. Por medio de la unción del Espíritu en el seno inmaculado de María, el Padre ha consagrado a Cristo como sumo y eterno Sacerdote de la Nueva Alianza, el cual ha querido compartir su sacerdocio con nosotros, llamándonos a ser su prolongación en la historia para la salvación de los hermanos.

El Jueves Santo, *Feria quinta in Coena Domini*, los sacerdotes estamos invitados a dar gracias con toda la comunidad de los creyentes por el don de la Eucaristía y a ser cada vez más conscientes de la gracia de nuestra especial vocación. Asimismo, nos sentimos impulsados a confiarnos a la acción del Espíritu Santo, con corazón joven y plena disponibilidad, dejando que Él nos conforme cada día con Cristo Sacerdote.

El Evangelio de san Juan, con palabras llenas de ternura y misterio, nos cuenta el relato de aquel primer Jueves Santo, en el cual el Señor, estando a la mesa con sus discípulos en el Cenáculo, « habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo » (13,1). ¡*Hasta el extremo!*: hasta la institución de la Eucaristía, anticipación del Viernes Santo, del sacrificio de la

cruz y de todo el misterio pascual. Durante la Última Cena, Cristo toma el pan con sus manos y pronuncia las primeras palabras de la consagración: « Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros ». Inmediatamente después pronuncia sobre el cáliz lleno de vino las siguientes palabras de la consagración: « Éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados »; y añade a continuación: « Haced esto en conmemoración mía ». Se realiza así en el Cenáculo, de manera incruenta, el Sacrificio de la Nueva Alianza que tendrá lugar con sangre al día siguiente, cuando Cristo dirá desde la cruz: « *Consummatum est* », « ¡Todo está cumplido! » (*Jn 19,30*).

Este Sacrificio ofrecido una vez por todas en el Calvario es confiado a los Apóstoles, en virtud del Espíritu Santo, como el Santísimo Sacramento de la Iglesia. Para impetrar la intervención misteriosa del Espíritu, la Iglesia, antes de las palabras de la consagración, implora: « Por eso, Padre, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti, de manera que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, que nos mandó celebrar estos misterios » (*Plegaria Eucarística III*). En efecto, sin la potencia del Espíritu divino, ¿cómo podrían unos labios humanos hacer que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre del Señor hasta el fin de los tiempos? Solamente por *el poder del Espíritu divino* puede la Iglesia confesar incesantemente el gran misterio de la fe: « Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven Señor Jesús! ».

La Eucaristía y el Orden son frutos del mismo Espíritu: « Al igual que en la Santa Misa el Espíritu Santo es el autor de la transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, así en el sacramento del Orden es el artífice de la consagración sacerdotal o episcopal » (*Don y Misterio*, p. 59).

3. Los dones del Espíritu Santo

*Tu septiformis munere
Digitus paternae dexteræ
Tu rite promissum Patris
Sermone ditans guttura.*

Tú derramas sobre nosotros los sietedones;
Tú, el dedo de la mano de Dios;
Tú, el prometido del Padre;
Tú, que pones en nuestros labios los
tesoros de tu palabra.

¿Cómo no dedicar una reflexión particular a los dones del Espíritu Santo, que la tradición de la Iglesia, siguiendo las fuentes bíblicas y patrísticas, denomina *sacro Septenario*? Esta doctrina ha sido estudiada con atención por la teología escolástica, ilustrando ampliamente su significado y

características.

«Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! » (*Gal* 4,6). « En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios... El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios » (*Rm* 8,14.16). Las palabras del apóstol Pablo nos recuerdan que la gracia santificante (*gratia gratum faciens*) es un don fundamental del Espíritu, con la cual se reciben las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, y todas las virtudes infusas (*virtutes infusae*), que capacitan para obrar bajo el influjo del mismo Espíritu. En el alma, iluminada por la gracia celestial, esta capacitación sobrenatural se completa con los dones del Espíritu Santo. Estos se diferencian de los carismas, que son concedidos para el bien de los demás, porque se ordenan a la santificación y perfección de la persona y, por tanto, se ofrecen a todos.

Sus nombres son conocidos. Los menciona el profeta Isaías trazando la figura del futuro Mesías: « Reposará sobre él el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor. Y le inspirará en el temor del Señor » (11, 2-3). El número de los dones será fijado en siete por la versión de los Setenta y la Vulgata, que incorporan la *piEDAD*, eliminando del texto de Isaías la repetición del *temor de Dios*.

Ya san Ireneo recuerda el *Septenario* y añade: « Dios ha dado este Espíritu a la Iglesia, (...) enviando el Paráclito sobre toda la tierra » (*Adv. haereses* III, 17, 3). San Gregorio Magno, por su parte, ilustra la dinámica sobrenatural introducida por el Espíritu en el alma, enumerando los dones en orden inverso: « Mediante el temor nos elevamos a la piedad, de la piedad a la ciencia, de la ciencia obtenemos la fuerza, de la fuerza el consejo, con el consejo progresamos hacia la inteligencia y con la inteligencia hacia la sabiduría, de tal modo que, por la gracia septiforme del Espíritu, se nos abre al final de la ascensión el ingreso a la vida celeste » (*Hom. in Hezech.* II, 7, 7).

Los dones del Espíritu Santo —comenta el *Catecismo de la Iglesia Católica*—, al ser una especial sensibilización del alma humana y de sus facultades a la acción del Paráclito, « completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas » (n. 1831). Por tanto, la vida moral de los cristianos está sostenida por esas « disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo » (*ibíd.*, n. 1830). Con ellos llega a la madurez la vida sobrenatural que, por medio de la gracia, crece en todo hombre. Los dones, en efecto, se adaptan admirablemente a nuestras disposiciones espirituales, perfeccionándolas y abriéndolas de manera particular a la acción de Dios mismo.

4. Influjo de los dones del Espíritu Santo sobre el hombre

Accende lumen sensibus

*Infunde amorem cordibus;
Infirma nostri corporis
Virtute firmans perpeti.*

Enciende con tu luz nuestros sentidos;
infunde tu amor en nuestros corazones;
y, con tu perpetuo auxilio,
fortalece nuestra débil carne.

Por medio del Espíritu, Dios entra en intimidad con la persona y penetra cada vez más en mundo humano: « Dios uno y trino, que en sí mismo "existe" como realidad trascendente de don interpersonal al comunicarse por el Espíritu Santo como don al hombre, *transforma el mundo humano desde dentro*, desde el interior de los corazones y de las conciencias » (*Dominum et vivificantem*, 59).

En la gran tradición escolástica, esta verdad lleva a privilegiar la acción del Espíritu en las vicisitudes humanas y a resaltar la iniciativa salvífica de Dios en la vida moral: aunque sin anular nuestra personalidad ni privarnos de la libertad, Él nos salva más allá de nuestras aspiraciones y proyectos. Los dones del Espíritu Santo siguen esta lógica, siendo « perfecciones del hombre que lo disponen a seguir prontamente la moción divina » (S. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I-II, q. 68, a. 2).

Con los *siete dones* se da al creyente la posibilidad de una relación personal e íntima con el Padre, en la libertad que es propia de los hijos de Dios. Es lo que subraya santo Tomás, poniendo de relieve cómo el Espíritu Santo nos induce a obrar no por fuerza sino por amor: « Los Hijos de Dios —afirma él— son movidos por el Espíritu Santo libremente, por amor, no en forma servil, por temor » (*Contra gentiles* IV, 22). El Espíritu convierte las acciones del cristiano en *deiformes*, esto es, en sintonía con el modo de pensar, de amar y de actuar divinos, de tal modo que el creyente llega a ser signo reconocible de la Santísima Trinidad en el mundo. Sostenido por la amistad del Paráclito, por la luz del Verbo y por el amor del Padre, puede proponerse con audacia imitar la perfección divina (cf. *Mt* 5,48).

El Espíritu actúa en dos ámbitos, como recordaba mi venerado predecesor, el Siervo de Dios Pablo VI: « El primer campo es el de cada una de las almas ... nuestro yo: en esa profunda celda de la propia existencia, misteriosa incluso para nosotros mismos, entra el soplo del Espíritu Santo. Se difunde en el alma con el primer y gran carisma que llamamos gracia, que es como una nueva vida, y rápidamente la habilita para realizar actos que superan su actividad natural ». El segundo campo « en que se difunde la virtud de Pentecostés » es « el cuerpo visible de la Iglesia ... Ciertamente "*Spiritus ubi vult spirat*" (*Jn* 3,8), pero en la economía establecida por Cristo, el Espíritu recorre el canal del ministerio apostólico ». En virtud de este ministerio a los sacerdotes se les da la potestad de transmitir el Espíritu a los fieles « por medio del anuncio autorizado y

garantizado de la Palabra de Dios, en la guía del pueblo cristiano y en la distribución de los sacramentos (cf. *1 Cor 4,1*), fuente de la gracia, es decir, de la acción santificante del Paráclito » (*Homilía en la fiesta de Pentecostés*, 25 de mayo 1969).

5. Los dones del Espíritu en la vida del sacerdote

Hostem repellas longius

Pacemque dones protinus:

Ductore sic te praevio

Vitemus omne noxium.

Aleja de nosotros al enemigo,
danos pronto la paz,
sé Tú mismo nuestro guía y,
puestos bajo tu dirección,
evitaremos todo lo nocivo.

El Espíritu Santo restablece en el corazón humano la plena armonía con Dios y, asegurándole la victoria sobre el Maligno, lo abre a la dimensión universal del amor divino. De este modo hace pasar al hombre del amor de sí mismo al amor de la Trinidad, introduciéndole en la experiencia de la libertad interior y de la paz, y encaminándole a vivir toda su existencia como un don. Con el *sacro Septenario* el Espíritu guía de este modo al bautizado hacia la plena configuración con Cristo y la total sintonía con las perspectivas del Reino de Dios.

Si éste es el camino hacia el que el Espíritu encauza suavemente a todo bautizado, dispensa también una atención especial a los que han sido revestidos del Orden sagrado para que puedan cumplir adecuadamente su exigente ministerio. Así, con el don de la *sabiduría*, el Espíritu conduce al sacerdote a valorar cada cosa a la luz del Evangelio, ayudándole a leer en los acontecimientos de su propia vida y de la Iglesia el misterioso y amoroso designio del Padre; con el don de la *inteligencia*, favorece en él una mayor profundización en la verdad revelada, impulsándolo a proclamar con fuerza y convicción el gozoso anuncio de la salvación; con el *consejo*, el Espíritu ilumina al ministro de Cristo para que sepa orientar su propia conducta según la Providencia, sin dejarse condicionar por los juicios del mundo; con el don de la *fortaleza* lo sostiene en las dificultades del ministerio, infundiéndole la necesaria « parresía » en el anuncio del Evangelio (cf. *Hch 4, 29.31*); con el don de la *ciencia*, lo dispone a comprender y aceptar la relación, a veces misteriosa, de las causas segundas con la causa primera en la realidad cósmica; con el don de *piedad*, reaviva en él la relación de unión íntima con Dios y la actitud de abandono confiado en su providencia; finalmente, con el *temor de Dios*, el último en la jerarquía de los dones, el Espíritu consolida en el sacerdote la conciencia de la propia fragilidad humana y del papel indispensable de la gracia divina, puesto que « ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer » (*1 Co 3,7*).

6. El Espíritu introduce en la vida trinitaria

*Per te sciamus da Patrem
Noscamus atque Filium,
Teque utriusque Spiritum
Credamus omni tempore.*

Por Ti conozcamos al Padre,
y también al Hijo;
y que en Ti, espíritu de entrambos,
creamos en todo tiempo.

¡Qué sugestivo es imaginar estas palabras en los labios del sacerdote que, junto con los fieles confiados a su cura pastoral, camina al encuentro con su Señor! Suspira llegar con ellos al verdadero conocimiento del Padre y del Hijo, y pasar así de la experiencia de la obra del Paráclito en la historia « *per speculum in aenigmate* » (1 Co 13,12) a la contemplación « *facie ad faciem* » (*ibíd.*) de la viva y palpitante Realidad trinitaria. Él es muy consciente de emprender « una larga travesía con pequeñas barcas » y de volar hacia el cielo « con alas cortas » (S. Gregorio Nacianceno, *Poemas teológicos*, 1); pero sabe también que puede contar con Aquel que ha tenido la misión de enseñar todas las cosas a los discípulos (cf. Jn 14,26).

Al haber aprendido a leer los signos del amor de Dios en su historia personal, el sacerdote, a medida que se acerca la hora del encuentro supremo con el Señor, hace cada vez más intensa y apremiante su oración, en el deseo de conformarse con fe madura a la voluntad del Padre, del Hijo y del Espíritu.

El Paráclito « escalera de nuestra elevación a Dios » (S. Ireneo, *Adv. Haer.* III, 24,1), lo atrae hacia el Padre, poniéndole en el corazón el deseo ardiente de ver su rostro. Le hace conocer todo lo que se refiere al Hijo, atrayéndolo a Él con creciente nostalgia. Lo ilumina sobre el misterio de su misma Persona, llevándole a percibir su presencia en el propio corazón y en la historia.

De este modo, entre las alegrías y los afanes, los sufrimientos y las esperanzas del ministerio, el sacerdote aprende a confiar en la victoria final del amor, gracias a la acción indefectible del Paráclito que, a pesar de los límites de los hombres y de las instituciones, lleva a la Iglesia a vivir el misterio de la unidad y de la verdad. En consecuencia, el sacerdote sabe que puede confiar en la fuerza de la Palabra de Dios, que supera cualquier palabra humana, y en el poder de la gracia, que vence sobre el pecado y las limitaciones propias de los hombres. Todo esto lo hace fuerte, no obstante la fragilidad humana, en el momento de la prueba, y dispuesto para volver con el corazón al Cenáculo, donde, perseverando en la oración junto con María y los hermanos, puede encontrar de nuevo el entusiasmo necesario para reanudar la fatiga del servicio apostólico.

7. Postrados en presencia del Espíritu

*Deo Patri sit gloria,
Et Filio, qui a mortuis
Surrexit, ac Paraclito,
In saeculorum saecula. Amen.*

Gloria a Dios Padre,
y al Hijo que resucitó,
y al Espíritu Consolador,
por los siglos infinitos. Amén.

Mientras meditamos hoy, Jueves Santo, sobre el nacimiento de nuestro sacerdocio, vuelve a la mente de cada uno de nosotros el momento litúrgico tan sugestivo de la postración en el suelo el día de nuestra ordenación presbiteral. Ese gesto de profunda humildad y de sumisa apertura fue profundamente oportuno para predisponer nuestro ánimo a la imposición sacramental de las manos, por medio de la cual el Espíritu Santo entró en nosotros para llevar a cabo su obra. Después de habernos incorporado, nos arrodillamos delante del Obispo para ser ordenados presbíteros y después recibimos de él la unción de las manos para la celebración del Santo Sacrificio, mientras la asamblea cantaba: « agua viva, fuego, amor, santo unguento del alma ».

Estos gestos simbólicos, que indican la presencia y la acción del Espíritu Santo, nos invitan a consolidar en nosotros sus dones, reviviendo cada día aquella experiencia. En efecto, es importante que Él continúe actuando en nosotros y que nosotros caminemos bajo su influjo. Más aún, que sea Él mismo quien actúe a través de nosotros. Cuando acecha la tentación y decaen las fuerzas humanas es el momento de invocar con más ardor al Espíritu para que venga en ayuda de nuestra debilidad y nos permita ser prudentes y fuertes como Dios quiere.

Es necesario mantener el corazón constantemente abierto a esta acción que eleva y ennoblece las fuerzas del hombre, y confiere la hondura espiritual que introduce en el conocimiento y el amor del misterio inefable de Dios.

Queridos hermanos en el sacerdocio: la solemne invocación del Espíritu Santo y el gesto sugestivo de humildad realizado durante la ordenación sacerdotal, han hecho resonar también en nuestra vida el *fiat* de la Anunciación. En el silencio de Nazaret, María se hace disponible para siempre a la voluntad del Señor y, por obra del Espíritu Santo, concibe a Cristo, salvador del mundo. Esta obediencia inicial recorre toda su existencia y culmina al pie de la Cruz.

El sacerdote está llamado a confrontar constantemente su *fiat* con el de María, dejándose, como Ella, conducir por el Espíritu. La Virgen lo sostendrá en sus opciones de pobreza evangélica y lo hará disponible a la escucha humilde y sincera de los hermanos, para percibir en sus dramas y en

sus aspiraciones los *gemidos del Espíritu* (cf. *Rom 8,26*); le hará capaz de servirlos con una clarividente discreción, para educarlos en los valores evangélicos; hará de él una persona dedicada a buscar con solicitud « las cosas de arriba » (*Col 3,1*), para ser así un testigo convincente de la primacía de Dios.

La Virgen le ayudará a acoger el don de la castidad como expresión de un amor más grande, que el Espíritu suscita para engendrar a la vida divina una multitud de hermanos. Ella le conducirá por los caminos de la obediencia evangélica, para que se deje guiar por el Paráclito, más allá de los propios proyectos, hacia la total adhesión a los designios de Dios.

Acompañado por María, el sacerdote sabrá renovar cada día su consagración hasta que, bajo la guía del mismo Espíritu, invocado confiadamente durante el itinerario humano y sacerdotal, entre en el océano de luz de la Trinidad.

Invoco sobre todos vosotros, por intercesión de María, Madre de los sacerdotes, una especial efusión del Espíritu de amor.

¡Ven Espíritu Santo! ¡Ven a hacer fecundo nuestro servicio a Dios y a los hermanos!

Con renovado afecto e implorando todas las consolaciones divinas en vuestro ministerio, de corazón os imparto a todos vosotros una especial Bendición Apostólica.

Vaticano, 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor, del año 1998, vigésimo de mi Pontificado.

JUAN PABLO II